

acompañaron muy bien, aunque tuvieran los lógicos problemas para seguir a Rollins en sus exploraciones armónicas y rítmicas.

Porque Sonny Rollins es ante todo eso, un explorador. Utiliza los esquemas aparentemente ortodoxos del más corriente "jazz" de sesión para adentrarse en terrenos musicales inusitados, preocupándose, por otro lado, de no dejar atrás a los espectadores, que se divierten, participan de la experiencia y, en consecuencia, reaccionan favorablemente. Y favorable, muy favorable, fue la respuesta que dio el público de Barcelona a esta segunda actuación de Sonny Rollins, quien, como artista que jamás desdeña ningún compromiso —conocida es la historia de sus dos retiradas por disconformidad con el contexto en que se movía el "jazz"—, tenía la obligación de disipar en esta ciudad todas las dudas que sembró hace diez años. ■ JOSE RAMON RUBIO.



La Bullonera.

sean únicamente Javier Maestre y Eduardo Paz los que aparezcan sobre el escenario. Detrás, invisiblemente, están el Seminario de Estudios Aragoneses, los Encuentros de la Canción Popular, José Juan Chicón Josa, Plácido Serrano, José Antonio Labordeta, María Pilar Navarrete, María Pilar Navarrete, Mariano Anós, Angel Delgado... y un muy largo etcétera. Son los reivindicadores visibles de una autonomía regional, la voz y la conciencia de un paisaje, los poetas de un pueblo: en definitiva, la representación de una colectividad que está ahí, luchando hace tiempo. Colectividad presente de forma masiva en los recitales del Barceló, donde público y cantantes se fundieron en una sola cosa, un espectáculo único y cívico, por encima de las necesidades de comunicación meramente estéticas.

A este nivel hay que decir que La Bullonera debe dar aún más pasos, como de hecho los ha dado ya en su disco. En él hay una mayor riqueza musical, una mayor elaboración y una mayor complejidad rítmica, factores que, en algún momento, se echan en falta en ciertas canciones interpretadas en directo. Aquí privan otra serie de guiños que cumplen perfectamente su misión, y que responden a las exigencias del momento y del medio: un cierto efectismo en las presentaciones y en las voces, una inmediatez primaria en el "mensaje" literario, una funcionalidad del vehículo musical para enfatizar los contenidos. El resultado logrado de todo ello es de una gran eficacia y de una no menor sencillez, consecuencias que sería erróneo el confundir con pobreza o simplicidad.

También hay otros aspectos que destacar en la labor de La Bullonera: el otro día, su sonido llegó compacto y definido a la audiencia, y sus instrumentos acústicos brillaron a gran altura. Este es un camino que muchos músicos españoles jóvenes

han intentado hasta ahora, sin demasiada fortuna. Por primera vez, al contrario, he aquí un dúo que despliega una seria credibilidad técnica en escena. Sus voces, por otra parte —especialmente la de Javier Maestre—, espléndidas en su fuerza y en su gravedad, responden a las características exigidas a una "aragoneidad" bien entendida: es un canto el suyo por derecho, sin preciosismos ni arabescos, que llega y toca el fondo sin perderse en ningún recoveco ni desviacionismo ajeno. Es un canto que habla de los problemas de la gente de Aragón y de los conflictos sociales y políticos del allí y ahora. Algunos de esos problemas son: el ancestral abandono de aquella tierra; el colonialismo norteamericano, con las bases militares de fondo; la dependencia de Zaragoza con respecto al centro oligárquico del Estado; la otra dependencia administrativa de las restantes provincias mañas con relación a la ciudad del Ebro y la Pilarica; la imposición, también burocrática, de las centrales nucleares en diversas comarcas; la escasez del agua en los campos y el maquiavélico asunto consiguiente de los trasvases. También están en sus voces la solidaridad popular, la reclamación insistente sobre una amnistía total, y, en definitiva, la reivindicación constante y global sobre la mayoría de edad de este pueblo aragonés.

La Bullonera canta jotas y otras tonadas tradicionales, dándoles un nuevo sentido. Rescatan instrumentos olvidados y adaptan los actuales a las necesidades del nuevo momento. Y, finalmente, no dan mayor importancia a su labor que la que tiene. Como dice una de sus mejores canciones: "Venimos simplemente a trabajar/como uno más, a arrimar el hombro al tajo./Esta es nuestra herramienta: nuestras voces./Esta es nuestra canción: nuestro trabajo". ■ ALVARO FEITO.

MUSICA

Zaj: ¿un concierto?

El espectáculo-concierto efectuado en días pasados por el

grupo Zaj en la galería Juana Mordó merecería, para ser justos con él y responder a su acto en el mismo tono que ellos emplearon, dejar en estas páginas de la revista un amplio espacio en blanco encabezado con su nombre. Naturalmente, esto no se puede hacer. Paso, pues, a describir el hecho:

Entre las esculturas de Martín Chirino, un espacio libre en el que hay tres sillas y un magnetofón; tres individuos, dos hombres y una mujer, se sientan. El hombre de la derecha habla, en voz muy baja, con la mujer, que está sentada en medio; uno de los dos, no recuerdo cuál, sostiene en sus manos un reloj. Pasados unos minutos, el magnetofón deja oír un horrisono estruendo de torno de dentista amplificado. Con ligeras variantes y con muy agradables intervalos de silencio, esto ocurre durante, más o menos, tres cuartos de hora.

El público, sentado en el suelo, reaccionó con una pasividad absoluta: sólo un grupo de jóvenes con cierto sentido de la participación pretendieron alterar la monotonía del concierto, rígido y conceptual como él solo, y cambiaron de posición a los señores sentados, e incluso descendieron —la cosa no llegó a más— a alguno de ellos. Al final, alguien entre el público empezó a gritar. Entre tanto, los fotógrafos tomaban documentos gráficos de todo aquello, añadiendo la inmovilidad de la fotografía a un acto de por sí estático.

Entre el público figuraban conocidas figuras de la vanguardia artística y literaria, mezcladas con los asistentes habituales a las inauguraciones de exposiciones y demás actos culturales, que se distinguían por su elegante vestimenta. Lo soportaron todo, y sólo manifestaron cierto desagrado ante la lectura de un manifiesto canario que se realizó al finalizar el concierto.

Conozco al grupo Zaj desde que, hace de esto más de diez años, dieron un memorable concierto silencioso en el teatro Infanta Beatriz, de Madrid. Lo que hacían entonces —muy parecido, en líneas generales, a lo que hacen ahora— tenía mayor valor de provocación y un cierto sentido. Ahora creo que no: no creo que el asesinato del arte y de la cultura burguesa —si es esto lo que pretenden— tenga por qué ser tan aburrido. ■ EDUARDO HARO IBARS.

La gran noche de Pepe Nieto

El concierto anual de "jazz" de la Unión Europea de Radio-

CANCION

La Bullonera, en Madrid: una presentación

Presentación de La Bullonera en un teatro de Madrid. Días antes, su primer disco (1) también había salido al mercado. De esta forma, recital y grabación, el dúo aragonés entra por la "puerta grande" de la canción popular de los pueblos de España. Hay que decir inmediatamente que se trata de una irrupción impetuosa, como ya hace presagiar el propio nombre del conjunto, que hace referencia al "orificio por donde sale un líquido a presión", en el dialecto de la tierra. El grupo venía precedido de una cierta nombradía, prestigio que se ha venido ganando a pulso desde 1971, en que, de alguna forma, ha venido trabajando calladamente por los pueblos y tierras de su Aragón. Más que de un dúo se trata de una experiencia artística colectiva realizada por gentes preocupadas por el pasado, el presente y el devenir de su país, aunque finalmente, en aras de la eficacia y de la operatividad,

(1) La Bullonera (Movieplay S-32870).